

Jesús Lana Feito entrevista a...

Constantino Otero Arias

Nació Tino en La Tsamera hace 82 años, a sus 25 años se casó con Adolfinia, vivieron en La Tsamera dos años en casa de sus padres, Rafaela y Constante y con algunos de sus hijos: María y Amador. Otros siete hermanos mayores, que se mencionan al final de estas páginas, ya se habían buscado la vida. Ellos dos deciden vivir en El Valle e inician, como todas las parejas de la época, una nueva vida partiendo prácticamente de cero. Un par de fincas en tenencia y una o dos vacas era todo el patrimonio de arranque.

A veces a Tino le llamo tsameiro porque me estoy identificando con orgullo con el mismo adjetivo al tener también mis raíces en aquel pueblo hoy despoblado, pero no abandonado totalmente. Cada verano vuelve una familia, Manolo Cuesta y Avelina, que también fueron vecinos fijos durante muchos años. Es el único pueblo despoblado en Somiedo, si exceptuamos pequeños núcleos también abandonados: Chaneces, Piarrobla y el Auteiro, Pando, El Escobio y La Zorera. En todo caso, La Tsamera llegó a tener ocho casas habitadas, algunas de ellas con familias troncales: abuelos, tíos solteros y diez o doce hijos. Escuela con unos ocho niños. La maestra, natural de Saliencia, era contratado por el pueblo y había que alojarla.

Las dos únicas vías de comunicación, peatonales las dos, permitieron la huida de todos sus vecinos con su maleta al hombro o en caballo. Una de las salidas discurría al lado del canal de agua, construido por Hidroeléctrica del Cantábrico, para llevar agua desde los lagos de Saliencia hasta el embalse de la Casa Compuertas en El Valle. La Senda, que así se denomina, no es apta para todas las personas, hay que tener el valor de no mirar el tajo que queda bajo los pies y optar por acortar distancias en ese trazado horizontal. La otra vía de comunicación, también peatonal o caballar, por Redibobia hacia Veigas o El Valle. Por esta arteria habrían subido los vecinos hasta La Tsamera en la Edad Media, cuando no se cabía en los pueblos de abajo y por esta arteria se desangró en el S. XX. No esperaron a la llegada de una pista rodada, como ocurrió en otros núcleos rurales, para abandonar el pueblo con mayor comodidad. Lo hicieron a pie y con sus enseres al hombro, práctica que dominaban con soltura. Aquellas fincas pendientes y difíciles de trabajar eran escasas incluso para uno solo de los hijos de la familia. Tal vez por esta razón no solo emigraron los demás hijos, emigraron todos.

También por estos senderos llegaron a refugiarse varias familias de El Valle, cuando fueron evacuadas durante el verano de la guerra. Tino recuerda cómo pudieron acoger a personas adultas, niños, vacas y todos los animales de la casa, en sus casas de La Tsamera.

Desde su niñez pudo observar los dos únicos carros del país recorriendo aquellos caminos del pueblo. Pocas cosas transportaban en ellos, lo más trabajoso quedaba para las costillas de los humanos y de los caballos en la albarda o con el rastro: transportar leña, patatas, trigo, maíz, lentejas, arvejos y lo más laborioso, recoger así la hierba seca para alimentar vacas, ovejas y cabras todo el invierno. Casi todo a cargas, es decir, sobre los hombros. Menos mal que el número de cabezas de ganado era escaso: media docena de vacas, una veintena de ovejas y unas pocas cabras por familia. Tres vecinos, que eran vaqueiros, tenían unas catorce vacas porque tenían pueblo abajo, de octubre a febrero, en Santa Marina (Belmonte), y no tenían que recoger tanta hierba para el invierno.

Hablamos también de la importancia de luz eléctrica que podían disfrutar durante la noche, de una a tres bombillas por vivienda, producida por una pequeña fábrica que funcionó varios años. Estaba situada en la parte baja del pueblo donde surge un gran manantial de agua y era atendida por Manolo Cuesta y también a turnos entre los vecinos. El pueblo hizo las obras, e Hidroeléctrica donó la maquinaria. Los veraneantes mencionados no pueden disponer ahora de este suministro, pero sí de la pista hormigonada que nunca tuvo el pueblo cuando estaba habitado y de unas placas de energía solar.

Tino sabía muy bien que el pueblo de Valle de Lago era, sin duda, menos esclavo para el trabajo propio de los campesinos, pero que todos los comienzos son difíciles y por eso combinaba estas tareas con la de hacer madreñas en el portalón que le prestaba como taller su suegro Nicanor. Hacía unos seis pares al día, aunque sin darles los últimos retoques, raseirlas y pintarlas, que también hacía Adolfinia.

A los dos años de vivir en El Valle ya compran la actual casa de El Casarón y pudo trasladar también su taller de madreñas. No era un trabajo fácil, había que aprender, como él lo hizo, de los mayores, aunque enseñanzas se recibían pocas, aprendías solo, recuerda Tino. Convenía encontrar algún voluntario para ir al monte porque el troncón necesita dos operarios. Comercializarlas era muy fácil, unas eran de encargo para los vecinos y el resto las llevaba a La Pola, a casa de Pepe El Molín, allí se vendía todo.

No dejó las madreñas para descansar, sino para iniciar una nueva tarea: recoger leche en todo el pueblo, de ahí lo de Tino el lechero, y bajarla hasta El Coto o La Pola. Allí la entregaba a la empresa Nestle y posteriormente a Clesa. El viaje diario no era fácil, primero con un caballo o dos y varios bidones de 40 litros, con lluvia, nieve, hielo y otros avatares del antiguo camino. La producción aumentaba, no siempre con agua, y mejoró el medio de transporte: un carro para el macho Germán en el que se podían cargar una docena de bidones.

A la una de la tarde ya estaba libre para acompañar a Adolfinia en otras tareas ganaderas, seis u ocho vacas completaban la empresa familiar.

Durante los últimos años compartía camino y tarea con Guillermo, que también iniciaba esta recogida de leche para la Central Lechera. Los vehículos fueron mejorando, Guillermo dejó el Land Rover y pasó a un pequeño camión y Tino dejó el carro por el tractor. La carretera tardó en llegar para los dos, pero pronto los xatos de las buenas vacas de carne ya no dejaban libre ni medio litro de leche para casa y así sigue actualmente.

La apicultura le llegó por sorpresa, Benigna la tía de Adolfinia, les indicó donde había un xabardo, un pequeño enjambre de abejas, que se podía recoger y así iniciaron esta nueva profesión también complementaria. Adolfinia lo había vivido siempre en casa de sus abuelos, pero también es esto había que partir de cero.

La empresa emprendedora de Tino y Adolfinia continúa y en el viejo y reformado portalón instalan un bar, que dará paso a la segunda reforma para convertirlo en un apartamento rural.

No faltó tiempo en esta familia para transmitir muy bien a sus hijos, Leonardo y Montse, el amor por el pueblo, la recuperación de valores tradicionales y la participación muy activa en esta Asociación Cultural de Valle de Lago.



Finalizamos nuestra agradable charla con el recuerdo para las ocho familias que poblaron La Tsamera, en la niñez y la juventud de Tino (foto propiedad de la familia Otero)

1.- Rafaela y Constante: Manolo (Cabadina), Jesús (canteiro que contrató la obra de la escuela de El Valle), Constantina, Telva, Carmen, María, Oliva, Avelina, Amador y Tino.

2.- Auristela: Otilia, Caridad y

Alegría.

3.- Manuel Nieto y Covadonga: Hijos: Lolo, Salvador, Consuelo y otros nacidos en Babia.

4.- Mariángela. Hija: Digna. Eran vaqueiros y pronto quedaron en el pueblo de abajo.

5.- Antón de Xustón y María: Hija: Rosario. Nietos: Lin, Teresa, Alvarina, Maruja, Chano, Sabina y Pilar.

6.- Aloyos y Dolores. Hijos: Jovino, Guillermo, Presentino y Adelina. Aloyos, de nombre Antonio Reguero, pasó la senda Las Cabras a caballo.

7.- Ceferino (Perucho) y Josefa. Hijos: Tila, Adilio, Bernardo, Maruja, Avelino y Gloria. (Pronto quedaron también en el pueblo de abajo, Santa Marina)

8.- Manolo (Cabadina) y Teresa. Hijos: Jesús, Tino, Pilar, Isabel, Manolo, José Antonio, Esteban y Rafaela.